



Andean Information Network  Red Andina de Información

The New York Times - Opinión

LA GUERRA CONTRA LAS DROGAS CREA TRAFICANTES ASTUTOS



Un investigador policial en Manila examina el cadáver de un hombre, víctima de una ejecución sumaria, hallado en 2016 al costado de una carretera con las manos amarradas detrás de la espalda y la cabeza envuelta con cinta de embalaje. Crédito: Daniel Berehulak para The New York Times.

Por: Sanho Tree

Marzo 26, 2018

Muchas veces los políticos intensifican la retórica de la guerra contra las drogas para mostrar a los votantes que están haciendo algo al respecto. Pero es raro ignorar generaciones de lecciones obtenidas, como hizo el Presidente Trump a inicios de este mes cuando anunció que estaba a favor de ejecutar a narcotraficantes.

La idea es descabellada. Sin embargo, la guerra contra las drogas nunca tuvo mucho sentido para comenzar.

Ejecutar a algunos traficantes individuales no hará mucho para detener a otros, ya que no existe un alto mando en el comercio internacional de drogas al cual apuntar, ni hay generales que

puedan ordenar la rendición coordinada de campesinos, traficantes, blanqueadores de dinero, traficantes ni usuarios. El comercio de narcóticos es difuso y puede haber miles de millas entre el productor y el consumidor. Las personas se involucran en la economía de las drogas por diferentes motivos — pobreza, codicia, adicción — y porque creen que podrán salirse con la suya. La mayoría de la gente lo logra. La pena de muerte solo daña a la pequeña porción de personas que resultan atrapadas (muchas veces ellas son minorías y mulas de bajo nivel) .

De hecho, la amenaza de ejecución ayudará incluso a quienes no sean detenidos pues ellos cobran un recargo debido al riesgo, monto que se paga a la siguiente persona en la cadena del tráfico. El riesgo de captura y castigo aumenta a medida que las drogas se trasladan de la granja al laboratorio de procesamiento, cruzando junglas, ciudades, océanos, atravesando fronteras, son distribuidas por traficantes y compradas por los consumidores. Mientras mayor sea el riesgo para los traficantes de esta cadena, más dinero pueden demandar como pago.

Sin la guerra contra las drogas, las sustancias como la cocaína, la heroína, la marihuana y metanfetaminas son bienes agrícolas y químicos mínimamente procesados cuya manufactura cuesta centavos por dosis. Pero los legisladores inventaron una alquimia moderna conocida como la prohibición de drogas, que transforma productos relativamente sin valor en artículos de lujo valiosísimos por los cuales la gente está dispuesta a matar o morir.

El tipo de medidas severas para un país puede tener poca influencia entre los actores individuales que solamente necesitan mover drogas a lo largo de su propio segmento de la cadena de suministro. De hecho, al hacer que las drogas sean cada vez más caras, solo amplificaron el bucle de retroalimentación motivacional de las mismas personas que los legisladores intentan detener.

Depender demasiado del control intensivo durante décadas también ha resultado en una rápida evolución darwiniana del narcotráfico. Las personas que típicamente son capturadas tienden a ser personas lo suficientemente tontas para ser capturadas. Ellas tal vez violan la seguridad operativa, se jactan demasiado, viven estilos de vida conspicuos o se involucran en guerras territoriales. Los que suelen zafarse tienden a ser los más innovadores, adaptables y astutos. Nosotros les quitamos de encima a sus competidores torpes y abrimos un espacio económico lucrativo de tráfico a las organizaciones más eficientes. Es como si hubiéramos tenido una política que durante décadas resultó en la reproducción selectiva de súper-traficantes y aseguró la “sobrevivencia de los más aptos.”

Para apoyar su argumento a favor de las ejecuciones, el Sr. Trump cita medidas draconianas en efecto en otros países. Irán utilizó la pena de muerte extensamente en casos de narcotráfico, pero más de 2.8 millones de iraníes todavía consumen drogas ilícitas. A inicios de este año, el gobierno de Irán incluso derogó el uso de ejecuciones en la mayoría de los casos de narcotráfico, lo cual evitaría que se ejecute a 5.000 personas condenadas a muerte.

El Sr. Trump frecuentemente elogia la brutal guerra contra las drogas dirigida por el presidente Rodrigo Duterte en las Filipinas, que ha cobrado la vida de entre 12.000 y 20.000 personas en muertes que son, en su mayoría, extrajudiciales. Pero existe poca indicación que señale que el uso de las drogas se haya reducido efectivamente. De hecho, a medida que se incrementaron los números de las muertes, también se incrementaron las estadísticas del uso de drogas. Lo que comenzó como 1.8 millones de usuarios a inicios del año 2016 llegó a tres millones y, luego, a cuatro millones. El pasado septiembre, el ministro de Asuntos Exteriores de las Filipinas, incluso aumentó ese estimado a siete millones. Es probable que estas cifras más

elevadas estén exageradas, pero no parece que un número mayor de ejecuciones reduzca el número de usuarios.

Es bien sabido que Singapur se rehúsa a publicar estadísticas confiables referidas al uso de drogas, así que no existe forma de demostrar si las ejecuciones tienen un efecto cuantificable en el consumo de drogas. Sin embargo, como señaló Harm Reduction International, los decomisos de cannabis y metanfetaminas en Singapur se incrementaron un 20 por ciento en 2016, mientras que los decomisos de heroína se mantuvieron estables. Además, el 80 por ciento de los presidiarios en Singapur están en la cárcel por delitos relacionados con las drogas. Todo esto sugiere que la famosa panacea de Singapur para resolver el problema de drogas no es tan milagrosa como parece.

El Sr. Trump también citó su muro fronterizo como una medida para reducir casos de sobredosis. En el caso poco probable que el muro haga una grieta significativa en el tráfico de heroína, en realidad podría ocasionar que las sobredosis se incrementen en este país, porque incentivaría a los traficantes a adulterar las provisiones restantes de heroína con incluso más fentanilo para estirar sus ganancias. El fentanilo es más compacto, más fácil de obtener y dramáticamente más potente.

El Sr. Trump no está proponiendo una estrategia nueva para lidiar con los opiáceos. Fue el presidente Clinton quien puso estos estatutos de pena de muerte en los libros como parte de la ley contra el crimen de 1994, pero permanecen sin ser usados. El Sr. Trump y el Fiscal General, Jeff Sessions, están intentando cambiar esto. Quieren usar estas leyes en casos de crimen organizado y otros que involucren grandes cantidades de drogas a pesar de que la Corte Suprema emitió un fallo estableciendo que la pena capital solo debe reservarse para crímenes que resultan en muerte.

El Donald Trump del 2018 debería aprender del Donald Trump de 1990 quien declaró al Miami Herald: “Estamos perdiendo la guerra contra las drogas de la peor manera. Para ganar esa guerra hay que legalizar las drogas.”